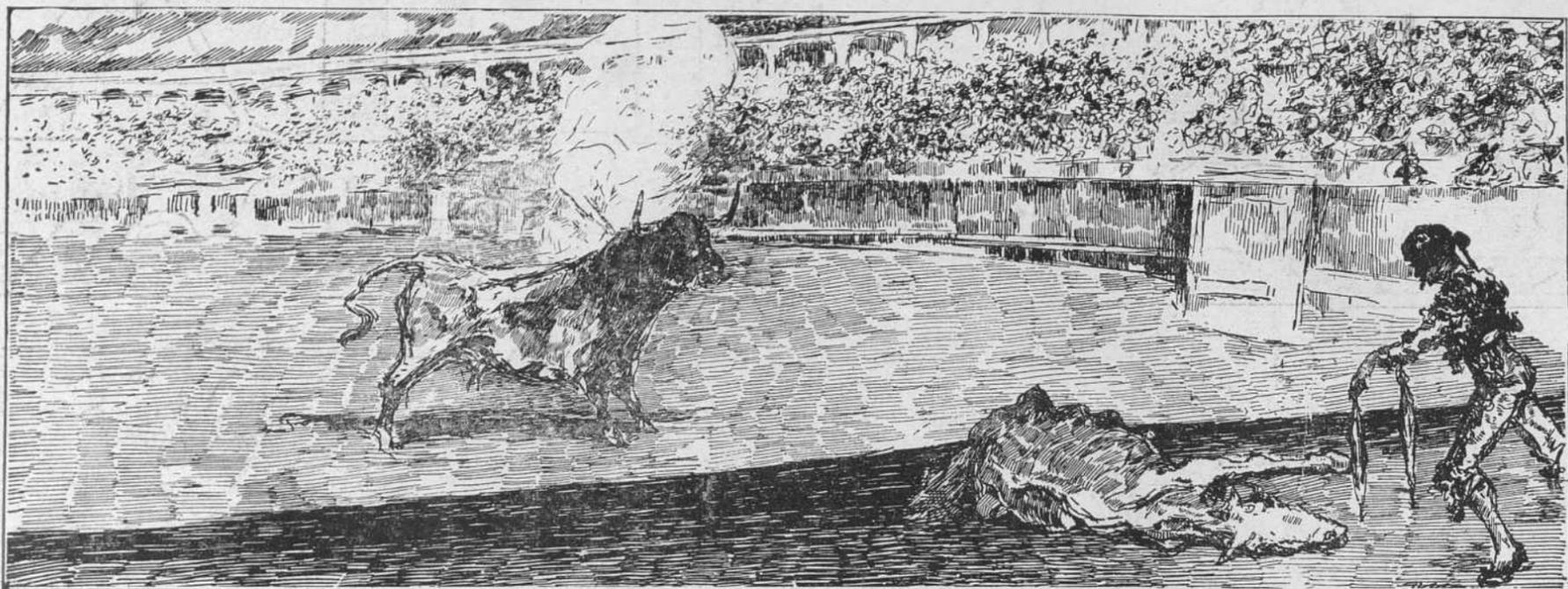


LA LIDIA



Rafael Gómez, *el Gallo*, entrando á matar, en las corridas de feria de Valencia
DIBUJO AL PASTEL, POR A. DURÁ



Lo de fuera y lo de dentro

No todo el monte es orégano para los toreros de primera magnitud. Con la tauromanía reinante ha venido á coincidir, como tenía que suceder, una taurofobia igualmente desatinada. Si unos coronan de rosas á sus coletudos ídolos, otros los coronan de espinas, y hacen del más esplendoroso capote de paseo, el más nauseabundo de los andrajos.

Como no todos los toreros son, ni pueden ser, esbeltos y arrogantes mozos, con finas y correctas facciones, antes bien, los hay tan feos como el clásico Píleo—cosa que ocurre en todas las esferas de la vida social, y no es en las más encumbradas y en las más «intelectuales» donde se ven menos carátulas de degenerados—se ha dado ahora en el absurdo capricho de tomar al lidiador de reses bravas como arquetipo de inferioridad y hasta de abyección física, comparándolo con los atletas de la antigua Grecia.

Estos, claro es, no están ahí en carne y hueso, y á la vuelta de la esquina del café Suizo, para que podamos establecer auténticamente la comparación de sus hechuras y sus fisonomías con las del *Enagüitas* y el *Morros de uva*. ¿Qué hacer, pues? No hay más remedio que sacar á relucir las obras maestras que nos han legado los Fidias, Praxiteles, Lisipos, Scopas y demás escultores de la antigüedad helénica.

Capricho absurdo, vuelvo á decir, porque nadie ignora que aquellos tipos de la reciedumbre y hermosura varonil no eran copias exactas de determinados ejemplares humanos. Los escultores griegos, lo mismo para sus Venus que para sus Apolos, sus Hércules y sus Discóbolos, creaban tipos ideales de belleza, juntando en una sola figura selectísimas partes del cuerpo humano que iban entresacando de muchos modelos diferentes. Era esculpir como querer.

A buen seguro que, si tenía algo de su musculatura, no tendría la soberana cara del Hércules Farnesio aquel descomunal barbarote Milon de Crotona, de quien se cuenta que mató un toro de un puñetazo, en seguida lo llevó á cuestras por espacio de 120 pasos, y luego que se lo asaron, lo devoró de una sentada. «Ese, ese, dirán algunos taurófilos de solemnidad, era el verdadero tipo del matador de toros!» Sí; sobre todo, por lo inteligente y lo elegante... Quisiera yo saber la jeta que tenía el tal Milon, y cómo lo clasificaban los «intelectuales» de su tiempo.

Como los filifés de la estética estatuaría no bastan para convencernos de que el torero ocupa en la escala zoológica el puesto intermedio entre el mono y el hombre, se ha echado mano de todos los socorridos recursos á que se presta la antropología moderna, y allá van los caucásicos y mongólicos, los pelasgos y los bereberes, el hombre civilizado y el hombre salvaje, etc., poniendo á los lidiadores en el peor lugar, y aun por debajo de los *delicuentes natos* pintados por Lombroso.

Para demostrarlo así, un escritor radical, radicalísimo, el señor Samblancat, ha escrito recientemente un artículo, donde se dicen, entre otras de igual calibre, las siguientes frioleras:

«No hay más que mirar un retrato de cualquiera de ellos para ver que su rostro no está plasmado en los moldes de la belleza clásica, que el hombre que lo posee trabaja más con la dentadura que con la frente, que por tanto, no ha salido aún del estado salvaje. Ahí está, por ejemplo, Vicente Pastor, que tiene la cara más perfecta de chimpancé que han visto jamás los hombres; ojos pequeños, orejas descomunales, barba comprimida, pómulos altísimos, ángulo de Camper insignificante. Ahí está el *Gallo* viejo con su bocaza de afronegro y su mandíbula mongólica. Ahí está Bel-

monte que, además de ser jorobado, tartamudo, patizambo y prognato, y de estar enfermo de la médula y del pulmón, tiene el belfo colgante y la frente aplastada, y es la más repugnante piltrafa humana que han tenido nunca en sus manos los médicos sobre la mesa del hospital.

Y sin embargo, y á pesar de todo eso, y sin duda por eso mismo, esos hombres que apenas han salido de la animalidad, que tan estrecho parentesco tienen con el cercopiteco y con el troglodita, son admirados y festejados y celebrados en verso y en prosa por su arrogancia, por su brío, por su virilidad, por su guapeza. ¿Hay nada más extraño, más absurdo? Por



José Alvarez Tello, herido gravemente en la corrida celebrada en Málaga el domingo 26 de Julio, y de cuya herida se encuentra bastante mejorado

fuerza el pueblo que se extasia ante las caras de mono y de salvaje de los toreros, tiene que ser un pueblo de monos y de salvajes.»

Como el que sale peor librado en los anteriores «retratos» es Belmonte, á él voy á referirme en esta comparación de «lo de fuera» con «lo de dentro». Y como el señor Samblancat—dejando á un lado su taurofobia—me merece sincera estimación por su talento y su vigor de pluma, le envío mi pésame, también muy sincero.

¿Por qué? ¿Por lo cruel de su diatriba? No, señor: porque le ha salido el tiro por la culata. Porque, sin querer, ó mejor dicho, proponiéndose todo lo contrario, ha hecho el elogio más estúpido de Belmonte que hasta hoy ha logrado esa «repugnante piltrafa humana».

Si Belmonte es todo lo que acabamos de leer, si en él tenemos el más completo ejemplar, por lo lastimoso y lo repulsivo, de abyección y degeneración fisiológica, hay que convenir en que sus admiradores se quedaron muy cortos al aplicarle el mismo a-

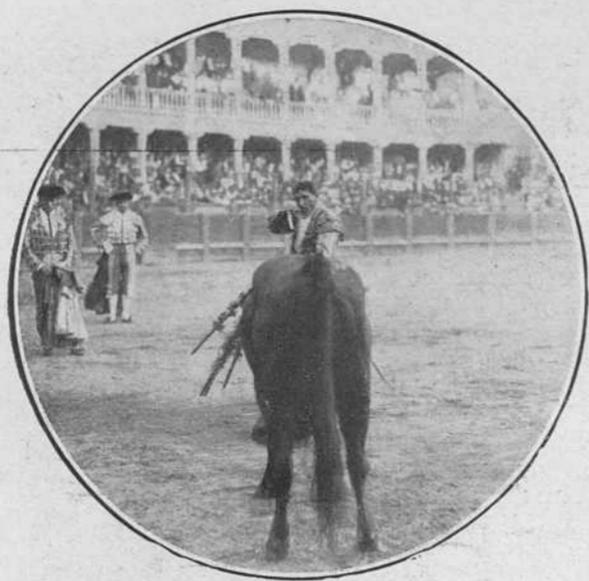
do y un poco ridículo mote de *fenómeno*. De ser ciertas todas aquellas horribles y tristísimas cosas, no es sino la paradoja viviente más prodigiosa, el mayor *milagro humano* que han producido de consuno la naturaleza y el arte: la una, negándole todos sus dones, y el otro, animando y sublimando con su divino soplo, no un yerto mármol esculpido por Fidias ó Praxiteles, sino un esperpento en dos piés, con el cual no querría compararse un orangután de algunas pretensiones.

Ser un conjunto así de miserias exteriores, y no obstante—sin el menor auxilio de la fuerza bruta, de las artimañas del oficio y de los prestigios corporales—crecerse, erguirse, estirarse, elegantizarse, embellecerse y hasta *transfigurarse*, como todos lo hemos visto, al habérselas, muy de cerca y muy sereno, con un poderoso animal que va acompañado por la muerte, á un centímetro de distancia del que la arrostra y la burla con un poco de tela por toda arma, es sin duda alguna un prodigio, un milagro, que al propio Píndaro, cantor de los atletas griegos, le hubiera dejado absorto y le hubiera hecho creer en una intervención directa de los dioses á favor de aquella «repugnante piltrafa humana» que los implacables espartanos hubieran despeñado por el Taygeto, para escarmiento de jorobados, tartamudos, patizambos, prognatos, con el belfo colgante, la frente aplastada y enfermos de la médula y el pulmón.

Milagro patente, y de los más gordos, es ser un tipo así—por el estilo de Esopo, de Sócrates, de Santo Tomás de Aquino, el *buey mudo*, del gran poeta Leopardi, rigor de las desdichas belmontianas—y sin embargo, levantar en vilo á las muchedumbres, no con arranques brutales ó piruetas de danzarina, sino con una clara, brava y serena *sensación de arte*, con una sugestión estética, más verdadera, por ser efecto vivo del contraste, que todas las invenciones de los más exaltados dramaturgos.—Esto último, mucho antes que el insignificante *Sobaquillo*, lo dijo un tal Juan Jacobo Rousseau, padre de todos los revolucionarios modernos, refiriéndose cabalmente á las corridas de toros... y sin haber alcanzado á la «repugnante piltrafa humana» de Belmonte.

Y esa sensación, esa sugestión, no las siente solo «un pueblo de salvajes y de monos», como dice un escritor que alguna fe, alguna esperanza y algún amor debe tributar al pueblo... Cuando Belmonte hizo sus primeras armas ante el público de Madrid, los que más se impresionaron y se conmovieron, fueron precisamente (y algunos de ellos muy rara vez iban á los toros) escritores y artistas, de muy diversas procedencias, que forman hoy la nata y flor de la literatura actual. Buscaron la conversación del tartamudo, hicieron la corte al jorobado y patizambo, y por fin, le dieron un banquete con muy selectos comensales. Puedo hablar de este agasajo con toda libertad, porque aunque se me rogó la asistencia, preferí... volver á ver á Belmonte en la Plaza de Toros. Pero, francamente, se me hace muy cuesta arriba incluir en el referido «pueblo de monos y salvajes» á Valle Inclán, Pérez de Ayala, Luis de Tapia, García Sánchez y otros muchos que no recuerdo ahora, y con los cuales puede entenderse el cruel detractor de Juan Belmonte, y que también admiran mucho ¿cómo no?—las admirables figuras que esculpieron Fidias y Praxiteles, Lisipo y Miron.

Lo que hay es que, teniendo en mucha estima *lo de fuera*, la hermosa cáscara, nos llega más hondamente *lo de dentro*, lo que da al traste con todas las máscaras antropológicas. Se puede ser un admirable tipo de hermosura varonil, caucásico y pelásgico, y luego ser un asesino inmundo, que acaba en la guillotina, como Pranzini. Se puede ser un triste



Martín Vázquez entrando á matar á su primer toro en Tudela, el 26 del pasado

negrazo, de frente aplastada, prognato y con el belfo colgante, como el del emperador Carlos V, y ser también un Santos Louverture.

Un notabilísimo escritor argentino, después de su primer viaje á esta España, cuyos peores enemigos están en su propio seno, ha escrito un libro intitulado *El solar de la raza*. Y en él dice, gallarda y valerosamente, que de todas las maravillosas figuras de la estatuaría griega por un solo Cristo, escuálido, tétrico y ensangrentado, de Juan Martínez Montañés. ¡Eso es saber distinguir entre lo de fuera y lo de dentro!

Y lo de dentro, ¿qué es?

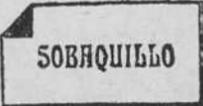
Pues una cosita que tiene «la más repugnante piltrafa humana» de que venimos hablando; una cosita de que carecen muchas admirables esculturas, así de mármol como de carne, que *llenan el ojo*, como dice el vulgo, pero no llegan al alma; una cosita palpitante que, al decir de Antoni Pérez, el ministro de Felipe II, apenas basta para satisfacer el hambre á un gavilán, y ella no se satisface á veces con un mundo.

¿Cómo se llama esa piltrafilla interior que redime y regenera, ensalza y hasta sublima los cuerpos flojos y los cerebros deficientes, y aplíquese á lo que se aplique, siempre que no sea en perjuicio humano, hace tanta falta á la Humanidad presente, para luchar con la vida y ganarse bravamente el pan nuestro de cada día?

Se llama... **CORAZÓN**.

Saludo al que lleva, junto á la médula reblandecida y el pulmón deshecho, ese tartamudo, jorobado y patizambo Juan Belmonte—ejemplo viviente para muchísimos hombres sanos, robustos y presumidos de saber, pero sin hacer—casi, casi como los revolucionarios y terroristas de 1793, rendían culto al *Sagrado Corazón de Marat*, que también fué una «repugnante piltrafa humana», mas no despachaba toros linda y guapamente, sino que enviaba á mansalva viejos y jóvenes, ancianos y doncellas, á la guillotina que se alzaba en esa actual plaza de la Concordia, de París, la cual hiede á sangre infinitamente más que todas las Plazas de Toros de España, de América y del Mediodía frances.

Cuando se supriman (¡loco ensueño!) la caza y la pesca, el Matadero y la guerra, la esclavitud capitalista y las amenazas socialistas, los crímenes entre hombres y mujeres, y las luchas humanas para divertir á los que nada tienen, al parecer, de «monos y salvajes», entonces pensaremos en hacer la autopsia en vivo á Juan Belmonte y á los que son como él, para extirparles, ya que son tan feos *por fuera*, lo único que tienen *por dentro*: esa liviana porquería de **CORAZÓN**.



Puyazos y estocadas

Hay que seguir trabajando para la supresión de las becerradas, de esas fiestas tan ridículas y tan reñidas con el arte.

Se suprimieron, en buen hora, las señoritas toreras y las capeas. Váyanse, también, noramala, las becerradas.

Y así, habrá más reses disponibles. Con lo cual saldremos ganando en la presentación y en el precio de los moritos.

* * *

Dicen que los miuras son inlidiabes, y que por eso están mal con ellos los toreros.

No habiendo recibido al cerrar nuestra edición el telegrama de nuestro redactor-jefe «Relance», de la reseña de la primera corrida de Vitoria, publicaremos en el próximo número la información completa de cuanto en estos días suceda en el circo taurino de la capital alavesa. Prepárense, pues, nuestros lectores, á leer la verdad de lo ocurrido.

Y cuando salen corridas como la de Santander, lidiabile—superior por su trapío, bravura y nobleza—, están fusilables los niños de la trenza.

Yo no he visto tanta *jinda* nunca. Creí que no se podía llegar á pánico semejante. El miedo impidió á los coletas ver la bondad de los astados.

¡Y aún ha habido periódico de Madrid que ha dicho que fueron los de Miura difíciles y broncos!

¡No, señor! Fueron toros como deben ser: TOROS. Buenos mozos, finos, con tipo de la casa, negros, los ojos vivos, con pitones y con poder. Y bravos duros y nobles. Sépalo la afición. Hay que reparar injusticias.

Llevo ya este año *unas cuantas corridas* presenciadas, y es esa la mejor que he visto de toros y la peor de toreros. Estos quedaron infamemente, sin arrimarse ninguno, teniendo que ir los bureles á buscar á jinetes y peones, para hacer hermosas faenas y acabar bravos y sin descomponerse, á pesar de lidia tan horrible.

Perseguían á la gente, la revolcaban, deshacían los tableros, y bicho hubo que no dobló con tres estocacs dentro. ¡Una hermosa! Estuvieron de amos toda la función. Bien lidiada, hubiese sido una corrida fenomenal.

Es la tarde peor que he pasado en mi *vida torera*, al ver hacer tales herejías á tan magníficos animales y al contemplar al público figurándose—por tratarse de Miuras y ver huir á los lidiadores—que los pobres bichos eran unos asesinos.

Yo seré cada vez más defensor del toro. ¡Crie usted buenos cornúpetos para eso!

Mucha culpa corresponde á la Empresa, por haber echado una corrida de Miura y buena moza, á diestros de poca categoría.

Regaterín, *Malla* y *Freg*, tienen algunos borrones en su hoja de servicios. Posada echó uno muy gordo á la suya en Santander, al despachar, según creo, el primer miureño de su vida.

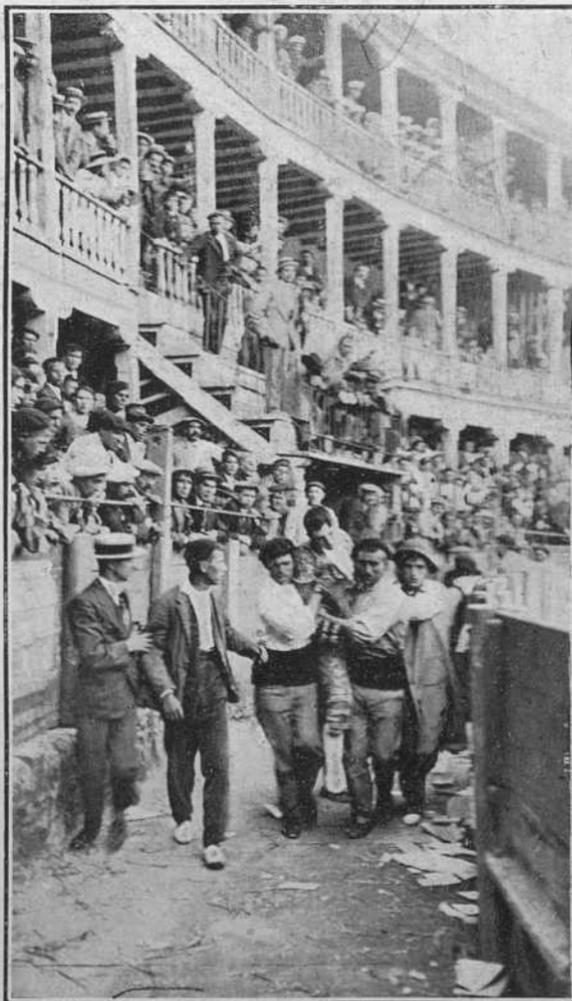
* * *

Por señas dijo *Regaterín* á la asamblea, que no vea su buró de Antonio Pérez Sanchón. Lo cual no debe hacerse, aunque hubiera sido verdad.

El presidente multó á Boto con 500 pesetas. Muy bien. Pero suponemos que la multa la pagaría Antonio y no el empresario.

* * *

Aunque en esa *inolvidable* corrida de Santander se mostró el respetable excesivamente benévolo, al



Zareo, al ser conducido á la enfermería, en Tudela, el 27 del pasado

FOTS. BOLDÁN



Celita en el toro que le concedieron las dos orejas, en la corrida celebrada en Tudela el 26 del pasado

final se exasperó y abroncó á los lidiadores en la plaza y fuera de ella.

Un mozo de espadas que iba en el pescante de un coche, contestó con gritos á los gritos del público. Siento no saber el nombre del desvergonzado, ni á qué cuadrilla pertenece, para decirlo aquí.

De manera que el torero cobra y queda mal. El público paga, y según ese *fresco*, no tiene derecho ni á protestar.

¡Pues estábamos lucidos!

* * *

Ahí va otro caso de mayor *frescura*.

Llegué á la estación telefónica de Santander, y al ver á los criados de los espadas poniendo despachos, me supuse lo que estarían escribiendo... pero sin creer que llegasen á tanto.

Se dejaba un telefonema uno de los mozos, y al ir yo á dárselo, para colocarme en el sitio que él dejaba, leí, con estupefacción:

«Miuras, mansos».

Me indigné. No pude contenerme, y le dije al escribidor cuatro *frescas* para estar á tono.

¿Sabéis lo que me contestó, al conocerme? Pues que no dijera nada, que eran los telefonemas ¡para los amigos de su matador!

Creo que es para que los amigos no vuelvan á hablar á ese espada, por embustero y por engañarles como á chinos.

Por acá, no somos amigos de los toreros, ni queremos recibir sus telegramas.

Pero la afición y el público, son por demás *buenazos* é infelices.

Y de eso se vale, para abusar, gran parte de la andante torería.

RELANCE

¡¡Quiá, joven, quiá!!

DE blasfemia taurina, de herejía nada menos, califica el apreciable colega *The Kon Leche* el haber citado á *Algabeño I* (LA LIDIA, número 13) como matador que producía á los públicos relativa emoción, únicamente.

No, el censor en este caso no estuvo feliz. Escogió lo *incidentalmente* consignado y sólo como ejemplo, habiendo en cambio dejado pasar lo principal de aquel trabajo dando nuestra opinión acerca de «su» gran torero Joselito.

Pero en fin, toca hoy RATIFICARNOS en lo que al *Algabeño* respecta, y allá va: ¡Herejía... y por haber dicho fué un buen mata-toros, más que matador de toros!

Joven será, en la «afición» cuando menos, el articulista de *The Kon Leche* que así califica tal aserto. Si usted escuchara á inteligentes aficionados de los que peinan canas y tanto odia, sin duda por eso intolerable *defecto*, no á uno, sino á muchos hubiéramos oído decir del *Algabeño* que echaba mucha carne al suelo, pero á su modo, sin ajustarse al arte; y también, que no disfrutaba de «cartel» atrayente, pueden hablarle los empresarios que organizaron corridas cuando el *Algabeño* estaba «colocado», al comenzar el siglo actual. No nos referimos á la época de su decadencia, que por cierto, no fué tanta como la de otros diestros.

La última vez que vi torear á José García, creo fué tres años ha, y matando, vino á hacer casi lo mismo que en sus mejores tiempos. No es lo corriente, mas casos hay. *Quinito*, por ejemplo, es hoy idéntico al mañoso *Quinito* de años atrás.

Sírvanse ustedes leer ahora á nuestro contradictor:

«Dice Heredia en su artículo que *Algabeño* mataba á gran velocidad, y lo dice en tono despectivo á propósito de los toreros que no emocionan por no exponer, suponiendo á José García un torpe mata-toros...»



UN PASE DE MOLINETE

POR F. PORSET



Joselito paseando por las calles de Barcelona, el día 31 del pasado FOT. MERLETTI

¡Alto allá, señor Hache! Sus años y su autoridad,—pero... ¡Si habíamos quedado en que era usted infalible y el llamado á conceder patentes de suficiencia taurina, é ingenioso inventor de geroglíficos!—son incompatibles con tamaña herejía.

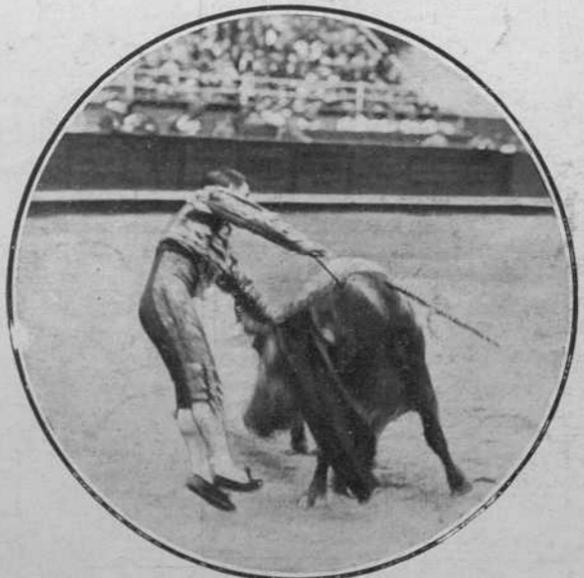
José García, *Algabeño*, es indiscutible como matador de toros. Hablamos, claro es, del *Algabeño* de la gran época. Entonces puso la suerte suprema á la mayor altura que ha podido tener en la historia del toreo. Sólo Mazzantini el inmenso pudo equipararle como clásico del estoque. De ahí arriba, ninguno.

¡Clásico el *Algabeño*! Eso sí que nos parece una herejía y herejía elevada al cuadrado, el equiparar la artística ejecución de la suerte por Mazzantini (en los comienzos de la profesión) con el estilo del de la Algaba. Los VOLAPIÉS (así, que resalte) de Mazzantini no tenían *pero*. Eran magistrales, allá por los años 1884 al 90, y algo emocionaría aquel volapié neto, clásico, cuando hasta los públicos más inteligentes transigían con Luis, á pesar de no saber éste torear. El engaño servíale sólo para defenderse de los toros, y, sin embargo, las empresas se lo disputaban, y no se olvide que fué este espada quien dió la subida grande en los honorarios que, por entonces, percibían los toreros de mayor fama.

Luego, ya era otra cosa; el volapié neto, el clásico, acabó por desaparecer. Comenzó Mazzantini á distanciarse de los toros, no se «reunía» tan cerca, ni entraba tan perfilado. Después, andando el tiempo, buscó el alivio del «paso atrás», que en él, debido á su estatura, resultaba más lejos que dos pasos de otros diestros). Lo de «dar el hombro» al atacar ya no lo hacía, y como, por lo antes dicho, engendraba larguísimo el viaje ¡claro! que tenía que entrar con descompasada velocidad; pero, aun así, no tanta como en el *Algabeño* fué corriente en sus mejores tiempos. De modo que al equiparar á Mazzantini con *Algabeño*, debió hacerse la salvedad de que se aludía á Luis en sus últimos años de torero, ó sea cuando Mazzantini, *ventajista*, no era el Mazzantini CLÁSICO matando toros.

«La pureza de estilo del matador *Algabeño*—escriben en *The Kon Leche*—pasará á la historia como un dogma. ¡Nadie lo mueva!»

¡Ay, qué miedo! ¡No es cierto, distinguido lector, que es imposible una tranquila controversia con quien de ese modo se expresa, sin antes haber razonado, para tener derecho á conclusiones como esa? Díjolo Blas..., etc., etc. Para el volapié hay que atacar SOBRE CORTO (*Algabeño* se «reunía» largo). ENTRAR DESPACIO (y sálvese, para decirlo todo, la excepción de aquellos toros, *son los menos*, á los que ha de entrárselos deprisa, y cuyos casos usted co-



Pastor entrando á matar en la corrida de Beneficencia celebrada en San Sebastián el 26 del pasado F. CASTILLA

nocerá, una vez que así lo dispone el arte). Pues bien, en esos y en los otros, *Algabeño* atacaba *eléctricamente*, y, por tanto, lo de MARCAR LOS TIEMPOS—dejándose ver, que dicen los clásicos—*imposible*. ¡Comparar el estilo de ese espada con la artística manera de matar Mazzantini, á quien se le veía entrar con pausa, tranquilidad, para ir metiendo la espada por centímetros, al propio tiempo que iba pasando el brazo por encima del testuz, doblando la cintura para salvar mejor el pitón, cuando por medio del cruce de brazos y bajando el trapo obligaba á humillar, saliendo hacia la cola, con muchos pies, puesto que herida la res—*entonces* sí, pero no antes—toda velocidad es poca.

Imprimiendo extremada rapidez al atacar, ¿es posible detenerse al «emparejar» para *dejarse caer, doblando suavemente el cuerpo* por la cintura; da tiempo para «cruzar» como se debe, á fin de obligar al toro que escorrea su cabeza y deje pasar al matador y se consigue si fué bien practicado el «quiebro de muleta», tantas veces aconsejado por el célebre Montes en su *Tauromaquia*? No, no se dejen influir por los que juzgan la bondad de una suerte, por su resultado; hay que aquilatar más, ver si se emplearon en su ejecución los medios, para entonces dar por clásica la suerte. Que mataba á la primera casi siempre el *Algabeño*, que en esto sí se parecía á Mazzantini, conformes; los dos herían derecho, por regla general, metiendo la segunda mitad de la espada, pero este último mataba con arte, y el de la Algaba, lo diremos una vez más, echaba carne al suelo. Seguro, lo era; ya podían encerrarle completa la «saca» de los bichos de una ganadería, en la seguridad que no se le quedaba uno vivo, mas también sin que sus adversarios lo vieran en ese momento. Cuando el enemigo podía enterarse del



El «Gallo» igualando para entrar á matar, en la primera corrida de feria de Valencia FOT. DESFILIS

ataque, ya José había rebasado unos pasos de la cola de aquél. Así vimos matar al de la Algaba los aficionados, que durante la ejecución de las suertes, seguimos con la vista los pies del lidiador, sabiendo de este modo, y *es lo importante*, si el toro fué herido derecho, pues tiempo hay luego para ver el punto donde queda el acero.

Y no estará de más protestemos por haberse permitido *The Kon Leche* calificarnos de antigallistas. Lo paso muy bien sin ídolo alguno, pero como en mi artículo decía, AÚN HAY CLASES; y añadiré hoy, que yo, partidario entusiasta del toro, no puedo sentir idolatría por el lidiador que tenga por escuela moverse mucho alrededor del toro hasta conseguir su agotamiento. (El torero, artista, no abusa). Por ello, no tendría inconveniente en sumarme con los gallistas (Rafael, ¿eh?). Este «tiene la Onza»; ¿que se resiste cuanto puede, y los públicos se lo consienten á cambiarla?... pero la posee, es cotizable; ahora bien, mis gustos van más lejos todavía. Al ser forzoso filiarse en algún partido, al tener que escoger ídolo, el mío sería aquel que procurando lleguen con vigor sus adversarios á muerte, los mate con arte, aun cuando no sea tan largo como torero.

He dicho, y perdón por contestar en serio, y no en chufra—como hacerlo suele el colega... ¡profesional!—y por haber emborronado cuartillas demás este viejo (y que tengan la suerte de llegar á serio ustedes, les desea).

Hache

Lea usted «El toro de lidia», original de «Relance», que es un libro en el que se aprende mucho de toros. De venta en todas las librerías.



Los hermanos «Gallo» en la becerrada nocturna celebrada en Barcelona el 31 de Julio FOT. MERLETTI

Las corridas de Valencia

Con igual animación que las anteriores, se celebraron las tres corridas restantes de feria. Como siempre, hubo mucho bueno y algo malo. Uno y otro lo han relatado ya minuciosamente los periódicos diarios, pero nosotros vamos á hablar solamente de lo bueno, y á echar una espesa cortina sobre lo malo.

Al *Gallo* hay que anotarle dos descacharrantes faenas de muleta de esas que de vez en cuando nos hace estremecer de entusiasmo, y nos satura de arte exquisito. En los demás muletaos, breve é inteligente, y al herir hizo alguna cosa buena...; ya hemos quedado que no diremos lo malo.

Belmonte: Con el capote nos largó unas de esas verónicas atontolinas y con la pañosa hizo en general faenas de esas suyas características, que nos suben el corazón más arriba de la garganta. Hubo medias verónicas aplastantes y estocadas superiores, y para que nada faltara, hubo también su voltereta.

Bombita: Muy valiente y oportuno en quites y brega. Sus faenas de muleta, si no fueron vistosas, hubo en cambio valentía y brevedad. Con el piñcho muy bueno, atacando siempre decidido y llegando con la mano al pelo.

Pósada: Tontín, tanteando este modesto muchacho se va colando en el grupo A con una brillante hoja de servicios. Como un valiente luchó con sus enemigos, se adornó al trastearlos y los entró á herir siempre por derecho y animoso. Bregando y quitando no desmereció de sus compañeros.

AGRESION AL «GALLO»

Cuando al terminar la cuarta corrida se dirigía el *Gallo* á la fonda, aclamado por el público por sus buenas faenas, uno de los que le rodeaban le agarró la mano al mismo tiempo que le asestaba dos bastonazos en el costado. Aunque Rafael y los individuos de su cuadrilla, ayudados de numerosos aficionados buscaron al autor de la agresión, éste no pudo ser encontrado. Al llegar el *Gallo* á casa de don Luis Moroder, donde se hospeda, sufrió un pequeño ataque nervioso.

El público ha comentado mucho el accidente, aunque quitándole importancia, pues suponen que éste fué motivado por una manifestación brusca de entusiasmo de algún campesino.



Gaona en la corrida de Beneficencia celebrada en San Sebastián el 26 del pasado FOT. CASTILLA

La novillada en Madrid del día 2

Franca é ingénuamente, yo les aseguro que tenía la firme creencia que eso de torear era la cosa más sencilla del mundo, y que arrimándose *belmontinamente*, aunque un toro le tropezase á uno, no había cuidado, ya que al fenómeno de Triana le hemos



«Alé» en un buen par de banderilas FOT. CABALLERO

visto dar caía voltereta, cuyos resultados nos parecían más duros que esto de la conflagración europea, y claro está, convencido de esto, me puse el domingo por la mañana ante dos señores novillos con sus dos pitones (ni siquiera era uno mogón), y sonríanse de todos los golpes que recibió por la tarde *Fortuna*. ¡Qué negro me vi en el ruedo, y qué negro amoratado contemplo hoy todo mi cuerpecito! ¡Qué paliza, Dios mío, y qué destrozo de ropal! Con decirles á ustedes que tuve que venir á Madrid con el traje de un peón caminero, que no puedo mover ninguno de los remos, y que como los buenos, tengo un puntazo corrido en el pecho.

Bueno, pero aquí, en confianza, he de decir á ustedes, que lo que me influyó todo el valor que derroché, fué una mujercita gachona, con un cuerpo gitano, y unos ojos de esos, que según dicen se traen las bereberes para andar por casa, cuya mujer había ido á admirar y á aplaudir nuestras proezas, y que ¡oh infame!, mientras á mí me golpeaba bárbaramente un animal, ella se reía cruelmente. ¡Tú no sabías, mujercita alegre, que todo aquello te lo había brindado interiormente, y que por tí tengo hoy el cuerpo que es unos zorros.

Por eso, el domingo, cuando *Fortuna* se arrimaba temerariamente á sus toros, buscaba yo con los ojos la cara de una mujer, cuya vista le influyese aquel ánimo, pero no pude encontrarla, ya que todas las que había en la plaza reflejaban en sus ojos el temor y la admiración que los arrestos del bilbaíno las producía. Eran más humanas que la morena de *mi corrida*. Por eso aplaudí ayer á *Fortuna*, que dió la nota de valentía, solamente para lograr aplausos y para complacer al respetable, y que por dos veces, una al entrar á matar por tercera vez á su primero, y otra al querer cambiar de rodillas en mal terreno al sexto, le tiraron sus enemigos varios derrotes sin consecuencias, gracias la primera vez á un coleo colosal de *Algabeño* y la segunda, á la providencia, pues fué tan rápida la cosa, que nadie pudo meter el capote. Quedamos, pues, que *Fortuna* es enormemente valiente. ¿Dónde estaría la mujercita?

Alé, valiente, bullidor y alegrando los la tarde. En el segundo no me gustó, ni paró, ni aguantó, y además se movió demasiado alrededor del animal. Pero en el quinto puso tres pares al cambio,

el último bueno de ejecución y de colocación, y después vimos una faena alegre, valiente y tranquila. ¿Que el estoque no quedó bien colocado? Qué importa, si entró á matar valiente y derecho.

Señor *Algabeño II*: Los últimos serán los primeros, y á usted lo he colado en último lugar, para hacer especial mención de su trabajo. El domingo nos demostró usted ser un señor torero enterado, valiente y tal. Sí, señor, su trabajo de esa tarde fué muy bueno. Dirigió usted bien, quitando siempre oportuno, por estar bien colocado, toreó de muleta sereno, tranquilo, valiente y entró á herir derecho, y con estilo de buen matador. ¡Muy requetebién, *Algabeño*, no hay el más ligero lunar para usted en la corrida del domingo! ¡Qué lástima que la mocita que camelamos no estuviera en el circo! porque aquí hay mujercita, ¿no es verdad, Pedro?

Vaya un aplauso á Olea por la superior corrida que envió, vaya otro á *Alvaradito* y á *Pelucho*, y vaya... vaya si me han puesto bueno el cuerpo en la mañana del 2 de Agosto un señor novillo y por culpa de unos ojos africanos.

¿No creen ustedes, señores intelectuales, que en vez de abolir las corridas de toros, debían buscar la forma de contrarrestar la influencia de unos ojos femeninos que nos obligan á hacer locuras? Porque la verdad, yo no tengo ganas de repetir la suerte, y consiguiendo esto, no quedaría en ridículo. Palabra.—MULETHLLA



«Fortuna» en su primer toro FOT. CABALLERO

Toros en Tetuán

Ante todo, vaya un aplauso á la Empresa de esta plaza, por haber organizado una corrida de la que el público salió satisfecho, tanto por el ganado, como por los diestros que tomaron parte.

Se lidiaron seis toros de Salas, que en general fueron bravos y nobles, sobresaliendo el quinto por su codicia y pujanza con los caballos.

De despacharlos estaban encargados el veterano *Faico* y el diminuto torero madrileño *Platerito*.

Faico, que venía con grandes deseos de recordar sus buenos tiempos, estuvo desgraciado, pues si bien toreó de capa con buen estilo, lo hizo bastante despegado.

A su primero, el más noble de los lidiados, lo pasó de muleta con precaución, para un pinchazo y media estocada. En su segundo hizo una faena movida, y acabó de una estocada buena, y en el tercero, al que banderilleó regularmente, no pasó de mediano con la muleta, para una estocada caíla.

Platerito fué el héroe de la tarde. Toreó bien, bregó admirablemente é hizo quites magistrales, metido enteramente entre los pitones.

A su primero, al que trasteó con mucha valentía, lo tumbó de una buena estocada. En su segundo, en el que hizo una artística faena de muleta, intercalada con varios pases de rodillas, atizó una monumental estocada hasta la bola, en la misma cruz, que hizo innecesaria la puntilla. El público premió su labor con una gran ovación, en la que tuvo que



«Platerito», adornándose á la salida de un quite FOT. PAB

devolver sombreros y varias botas de vino, y el presidente le concedió la oreja. En el último quedó bien, despenándolo de un pinchazo, una estocada y un certero descabello. En resumen: una buena tarde para *Platerito*.

De los banderilleros, Casares, en un soberano par al sesgo en el segundo toro, en el que se jugó el pellejo; y bregando, *Bonifa*.

Minuto, que presenciaba la corrida desde una grada de sombra, fué ovacionado por el público á la muerte del cuarto toro.—DON BENITO

Nuestras planas en color

El «Gallo» entrando á matar en las corridas de Valencia.

En las célebres corridas de la feria valenciana hizo el popular artista *cañi* su reaparición, después de la cogida de Algociras. Había entre los aficionados gran expectación, por conocer los ánimos del diestro después de tan grave accidente. Y Rafael, en el primer toro de la primera corrida, dió un mentís completo á los que presagiaban su fracaso, pues toreó con la maestría en él peculiar, y arrancó á herir, derecho y valiente, sepultando el estoque en lo alto del morrillo.

Perfilado para dar tan soberbia estocada le ha sorprendido el lápiz de nuestro querido Durá, que en punto á estas cosas, es un señor *chanelando*, á juzgar por la obra con que hoy honra nuestra Revista.

Un molinete

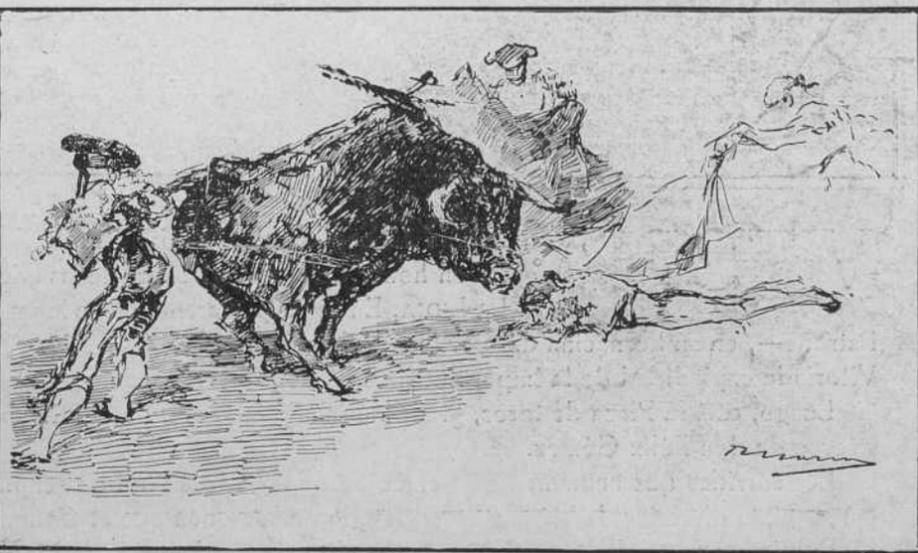
Los pases de molinete son de «adorno». Acá queremos los naturales y los de pecho, que son la «chipé». Esto decíamos en un entrefilet del número 6 de esta revista, y así seguimos pensando, aun cuando demos en nuestra doble plana uno de esos pases que tanto aplaude la galería. Pero es que algunas veces, muy raras, tiene su exposición el molinete, y sobre todo, es una nota de adorno y como tal nos seduce.

Porset, á quien ya conoce nuestro público y cuya firma es una sólida garantía, ha ilustrado nuestra doble plana, cuya nota de color y cuya precisión de dibujo, acreditarían por sí solo á nuestro querido amigo, si éste no estuviese ya juzgado favorablemente por el público y la crítica.

Imp. y fot. de EDITORIAL NUEVO MUNDO, Larra, 8, Madrid.

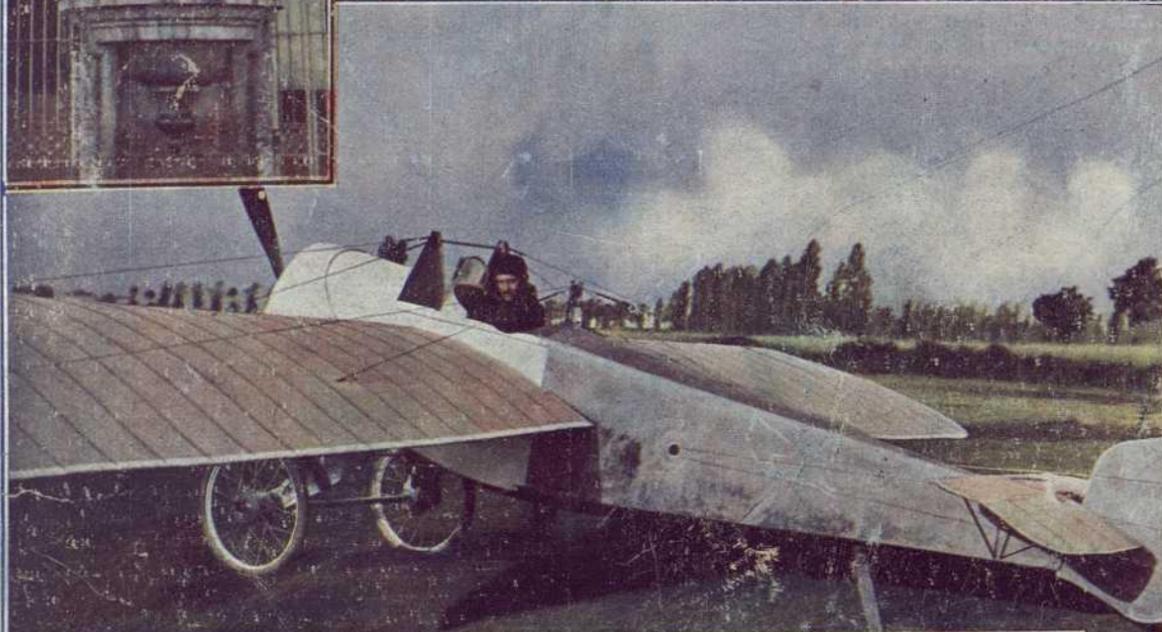


Un soberbio volapié del «Algabeño», en el primer toro

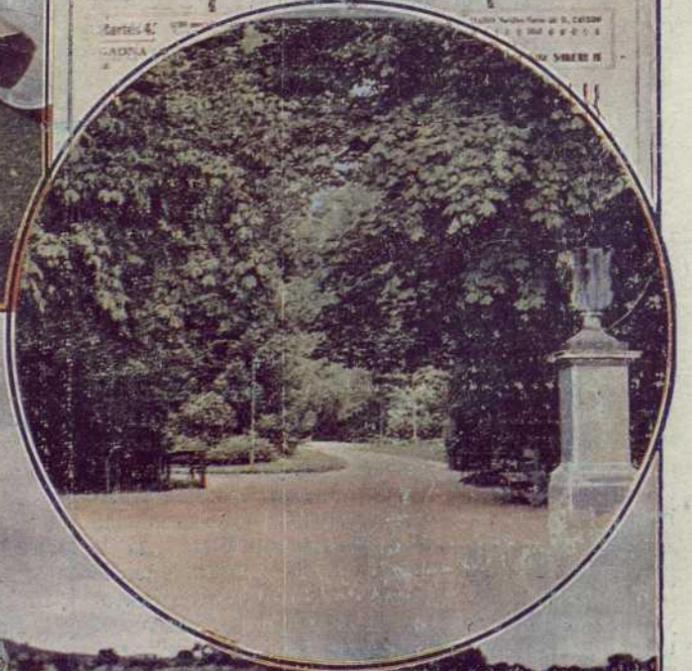


Cogida de «Fortuna» y «Algabeño» al quite, en el tercer toro

APUNTES DEL NATURAL, POR R. MARÍN



Domingo 2. ...
 Martes 4. ...
 Jueves 3. ...
 Francisco POSADA
 GALLITO
 BELMONTÉ



VITORIA: Es una de las ciudades más bonitas de España. *La Atenas del Norte* celebra en estos momentos sus afamadas fiestas en honor de Nuestra Señora de las Nieves, y con mucho gusto le dedicamos esta plana en el presente número de *LA LIDIA*. En lugar preferente se ve la imagen de la Virgen Blanca—como cariñosamente llaman los vitorianos á su Patrona—, en su hornacina del pórtico de la parroquia de San Miguel, situada en alto, desde donde parece amparar y proteger á sus hijos. Es Vitoria la capitalidad de la importantísima diócesis vascongada.

Luego, está la Plaza de toros, grande é inaugurada el 2 de Septiembre de 1880 con *Lagartijo* y Angel Pastor, éste sustituyendo á *Frascuelo*, y toros de don Félix Gómez.

Las corridas que anualmente se celebran en Agosto en la bella capital de Alava, son este año espléndidas, gracias á la «Empresa Popular» y á su Junta directiva, habiéndose contratado nada menos que al *Gallo*, para sustituir á su hermano José, que se halla herido.

Publicamos uno de los varios carteles editados por la rumbosa Empresa, y la corrida de los hijos de don Vicente Martínez, antes de ser encajonada para Vitoria.

Además, el notable aviador vitoriano Heraclio Alfaro, en el monoplano de su invención; una vista general de Vitoria y un rinconcito de la Florida, de ese delicioso paseo que de tanto renombre goza en España.

Las calles y paseos de la culta población que nos ocupa, son ideales, y han hecho de la acicalada ciudad una excelente estación veraniega.